

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

- |                                 |           |   |
|---------------------------------|-----------|---|
|                                 | <b>5</b>  | <b>Las edades de la vida</b>  |
| <i>Julia Alessi de Nicolini</i> | <b>6</b>  | <b>Los doce años</b>  |
| <i>Carlos Hoevel</i>            | <b>9</b>  | <b>El joven</b>   |
| <i>Luis Baliña</i>              | <b>27</b> | <b>La crisis de la mitad de la vida</b>   |
| <i>Lucía Piossek Prebisch</i>   | <b>34</b> | <b>La vejez</b>   |
| <i>Erich Kock</i>               | <b>41</b> | <b>El filósofo ante la muerte. Llegamos adonde partimos.<br/>In memoriam Josef Pieper.</b>              |
| <i>Carlos Schickendantz</i>     | <b>50</b> | <b>Muerte, purificación escatológica e integración del hombre.<br/>Una contribución de Karl Rahner.</b> |
| <i>Carlos Valiente Noailles</i> | <b>60</b> | <b>Reflexiones en torno al ciclo vital de los bosquimanos</b>   |
| <i>Santiago Kovadloff</i>       | <b>82</b> | <b>Cáin doliente</b>  |
| <i>Alberto Lago Freire</i>      | <b>90</b> | <b>La entraña del cristianismo, de Olegario González de Cardedal</b>                                    |

---

# El filósofo ante la muerte: Llegamos a donde partimos

In memoriam Josef Pieper

por Erich Kock

En el último año de su vida empezó el filósofo Josef Pieper a callar. Quien se prodigaba atractivamente en el narrar, quien sabía formular en forma tan clara y accesible, se retiró al silencio. Casi no hablaba más, dejaba que uno u otro lo comentaran. Tampoco se percibía su humor pronto a saltar, a veces feroz. Con todo, quedó Josef Pieper presente y consciente hasta en sus últimos días. Sin embargo su fuerza vital "se derramaba". La oración lo acompañaba. Y cuando los visitantes se dirigían en los últimos años hasta Schweigen, rezaba con ellos sin palabras. Cuando uno de ellos, Leo van der Giet, le preguntó si debía recitar el rosario, le respondió: 'Sí, hágalo Vd. ahora'. Leía él el *Confiteor* en un viejo misal Schott que estaba en una mesa, así podía rezar en latín con su párroco. Regularmente repetía Pieper la oración de su gran garante Tomás de Aquino *Adoro Te devote latens Deitas*. En su aviso fúnebre, cuyo texto él dejó como testamento diez años antes de su muerte, se escribieron esas líneas arriba citadas: llegamos adonde partimos. Hay que retener entonces dos hechos en el fin de su vida: callaba y rezaba.

Pieper era esencialmente un filósofo. También lo era su contemporáneo Peter Wust: pues filosofaba como nadie, sintiendo el hambre y la

\* Escritor, vive en Colonia, Alemania.

sed; se ha de decir que deseaba el conocimiento, la verdad y la sabiduría. La palabra 'sed' corresponde a toda filosofía que habla verdaderamente del hombre, ya que habla de sus carencias. La creatura humana tiene sed, y también de toda agua viviente, de la que Jesús habló en el pozo de Jacob. De este modo queda ella también ligada con la otra palabra que desde la Cruz desciende al hombre: *sitio*. Tengo sed.

Si bien Josef Pieper no era muy buen "compañero de discusión" (o lo que se acostumbra a entender por ello), era sin embargo un artista dispuesto a la réplica, y su modo de pensar y de enseñar era dialógico. Tomaba parte en la perenne discusión de la filosofía, y dejaba tomar parte a los otros. Pues no excluía a nadie de su filosofar, y aún la más limitada pregunta merecía una respuesta. Que cada razón procedía de un "percibir", que también el filósofo debía ser primero un oidor, esto nunca era excluido de la mente de Josef Pieper. Y también por ello se encontraba en el jardín externo de su casa de Münster una estatua (obra de Hilde Schürk-Frisch) de un ángel, con su mano en la oreja, para escuchar. Y pensaba inflexiblemente que la fe "viene del oído". Antes de empezar a hablar, Pieper escuchaba con pasión. Acaso por este motivo los textos y libros del filósofo producen la impresión que son fruto del escuchar, del escuchar de un texto previo y del escuchar el discurso de los hombres. Quien planteaba objeciones o era espiritualmente orientado de modo totalmente distinto, podía estar seguro que sería oído atentamente por él. Se han dado pocos filósofos, que con semejante apertura y disposición para entender, hayan buscado la discusión con espíritus en las antípodas, y hayan prestado el oído a los pensamientos y argumentos que le eran extraños. Con su disposición a la objetiva argumentación, no se quedaba detrás de su gran modelo Tomás de Aquino.

Reconocía también francamente como su modelo (Tomás) los límites del pensar y del discurso humanos. Con seriedad llamaba la atención sobre las zonas de silencio, de las que los hombres y las cosas están rodeados, sabía respetar el aura de misterio en el que cada verdad se funda - también la de la "Divinidad oculta". Aproximarse al núcleo de una cosa, circundar el sentido de una palabra (o de una frase), percibir la penetración del pensar, desgranar el primer plano y no dejar escapar lo que puede y debe ser encontrado: esta es la modalidad de Pieper, ahí es visible la fisonomía del filósofo. En lo íntimo de su pensar y de sus hallazgos dominaba sin

embargo el silencio. En este lugar se situaba con gusto detrás de la Tradición y la dejaba hablar tanto como era necesario.

Quien hablaba con Pieper, lo veía en cierta medida pensar en voz alta, percibía la palabra penetrada por el concepto, su voz firme - varonil, coloreada de acento de Westfalia junto con su pasión objetiva - tenía siempre presente el sentido y la existencia de lo recto. Si ocasionalmente citaba algo de sus propios escritos, se situaba frente a lo dicho tan críticamente como ante las producciones de otro. Cuando meditaba la necesidad de cambiar un modo de pensar, muchas veces decía: 'Yo no diría hoy así'. Era para él esencial que toda la verdad en el día y en la realidad viniese "a la base".

Josef Pieper era un "apasionado ordenador". Le interesaba iluminar verdades olvidadas para ayudar a la gente y podar la maleza que los hechos de la vida habían puesto en torno a la "existencia humana". Las verdades a medias de las mezclas indiscretas y los discursos atrevidos de la falsa moneda teológica podían provocar en Pieper una intensa ira hacia los contemporáneos. A menudo, sacaba a los hombres de hoy aquella arena de los ojos que el presente ha echado constantemente en ellos y no principalmente por apelación a la moral, sino mediante la muestra de los bienes fundamentales del conocimiento que están a la vista y a menudo se olvidan. Pocas palabras claves se ofrecen hoy más a discusión pública que la de mediador de verdades. Josef Pieper mediaba sin cesar. *La realidad y el bien, Consentimiento al mundo, Tratado sobre la esperanza* - así se titulan algunos de los cincuenta libros que pertenecen a la obra publicada del filósofo de Münster. No hay duda que lo cristiano se encontraba operante con fuerza en su pensamiento. Pieper recogía en sí la Tradición y con audacia la proclamaba en el corazón de nuestro siglo, profundamente perplejo. El era un talento, más aún, acaso un genio del comprender.

Pero este entender desplegaba de su parte una veneración que procedía de un saber no exaltado. El pensamiento de Pieper, que hacía presente la Tradición, sabía recordar olvidos y de muchas maneras ponía en libertad verdades perdidas, remitía a padres y antepasados como a hermanos: más a nuestras esperanzas que a nuestras angustias. La duda experimentada que desalienta y amenaza la vida no se hacía presente en ninguna parte de los libros de Pieper, desde la acongojada melodramática o simplifica-

do discurso. Podía más bien ponerse de acuerdo con argumentos y entenderse, o ser llevado al sencillo contemplar de las circunstancias, por ejemplo: "Ve (oye, gusta, palpa, siente) que el mundo en el fondo es bueno".

Josef Pieper, como se ha dicho, como su inspirador del S. XIII, deja hablar a aquellos que piensan en forma diferente; sus argumentos son recogidos para asumirlos en el corazón y responderlos. En el momento decisivo (de una *conclusio* y recapitulación) empero - como si sólo importara al autor conducir a este punto, se retira el filósofo y deja hablar a los fiadores: "Santa Tradición", ante todo Tomás de Aquino, Platón, Aristóteles, Agustín. Un estar y confiar en el lenguaje que en el curso de los años se torna más sencillo y seguro - hace estar a Pieper en las antípodas formales del existencialismo, de moda ya hace largo tiempo. A pesar de todo esto no se lo puede colocar sencillamente al lado de una filosofía color de rosa, que vela los lados oscuros de la vida y del mundo. Por el contrario, Pieper toma más seriamente que muchos pensadores del futuro las amenazas de los hombres, la posible salida catastrófica de la historia. Sus respuestas nos persuaden, y precisamente por ello producen esperanza. Pero la esperanza remite a la trascendencia - al punto más allá de las posibilidades humanas.

Aprendiendo él mismo de la Tradición, Josef Pieper escribió, cuando tenía más de sesenta años, su primer libro sobre la esperanza. Con ello procuró mostrar a sus lectores, cómo el ser salvado y el quedar salvado puede ser aprendido filosóficamente. Siempre le importaba mostrar, que él era sólo un "continuador". Continuar estaba aquí libre de "esterilidad" también de la esterilidad del lenguaje de los especialistas.

Esto significa ahora transmitir al hoy, mediar, reproducir originalmente, aprender a pensar de nuevo la Tradición. Tal originalidad, habitar en la Tradición como hoy y no ayer, y legar la capacidad de sus contemporáneos como verdad viviente, fue afirmado de Pieper nada menos que por T.S. Eliot. Poco antes de su muerte llamó a la obra de la vida de Pieper el fruto de una "originalidad sin pretensión". Y cubría a la clara y lúcida manera de hablar del filósofo con el más alto elogio: ella atestiguaba "inteligencia y sabiduría".

En la publicación en ocho tomos de la obra completa de Pieper, a cargo de la editorial Felix-Meiner de Hamburgo, encontramos libros tan in-

fluyentes como sus tratados sobre las virtudes cardinales valor, prudencia, justicia, templanza, los tratados sobre la Fe, la Esperanza, el Amor, la verdad de las cosas, el fin de los tiempos, la felicidad y la contemplación y el Breviario de Tomás en latín y alemán. Después de Alemania, los libros de Pieper se difundieron sobre todo en Italia, Francia y España, en Inglaterra, América y Japón, en un total de quince idiomas. La obra *Ocio y Cultura* (bajo el título *Ocio y la base de la cultura*) es aún una de las lecturas obligatorias de los estudiantes norteamericanos. Uno de los libros más importantes de Pieper es el tratado aparecido en 1934 en Leipzig *Del sentido del valor*, el que (también en las siguientes ediciones) bajo el dominio nacionalsocialista, servía como una especie de 'Vademecum' para numerosos lectores inquietos.

En el bagaje de pensamiento de Pieper se encuentra el elemento de la Tradición, lo que podemos llamar el Haber metafísico de la Humanidad: el mundo es creación, el alma de los hombres sobrevive a la muerte (y ciertamente una muerte muy corporal y no aquella apariencia de muerte representada, que ya Feuerbach había criticado); después de la muerte se dan juicio y retribución; es peor hacer la injusticia que padecerla. Pieper vivía también en la Tradición; sin embargo, era a la vez un contemporáneo. Brotaba de él una fuerza productiva que le permitía entender y distinguir, estar de acuerdo u oponerse. Con gusto mostraba los preconceptos teológicos de la reflexión filosófica. Veía también esos preconceptos operantes en el pensar de Jean-Paul Sartre, precisamente en su negación de la existencia de Dios.

Como para su garante filosófico Platón, la verdad no es para el pensador Josef Pieper ningún privilegio del pensador - ella pertenece a todos, y "también el Bien, cuando aparece, es común a todos". Así obliga a los que filosofan a salir del círculo de los iniciados e ir al mercado (el ágora), donde se deja encontrar por aquellos que vienen del aparente saber al saber y pueden asegurarse de todo lo común. La verdad tiene en cierta medida un derecho, que busca a sus defensores, los hombres, "donde ella se encuentra sencillamente" - sea tras el periódico o frente a la televisión. Y así no temió el antropólogo de Münster -en todas las diferenciadas irresoluciones- recurrir a los 'medios', donde ello era posible.

Josef Pieper opinaba siempre que el hombre no podía sólo a través de esto llegar a un daño, que en la comunicación perdiera lo que era

“actual y nuevo, lo que es futuro”. El podía, así se expresó una vez, ser no poco dañado por ello, que algo necesario e imprescindible olvidaba y perdía. Este peligro le parecía especialmente grande en un tiempo en que todo progreso “ha tomado un ritmo tan rasante”. Podía precisamente no dar meramente progreso de investigación y conocimiento, debía dar también recuerdo. Pero para el recuerdo, sería sobre todo competente el filosofar. Platón había caracterizado al filosofar como anámnesis, como *memoria*. Pero el recuerdo no se entiende como mirada romántica hacia el pasado ni como optimismo romántico. Significa no sólo el recuerdo de algo que ha sido. La memoria tiene que ver con lo filosóficamente válido, con lo que siempre es verdad, pero que también está siempre en peligro de ser olvidado y “deteriorado”. “Lo que está amenazado del olvido debe tenerse presente”. Y quien “demasiado literalmente permanece siendo actual”, debe siempre comprender que se lo califique mañana como “de ayer” (J.Pieper, *¿Qué es una Iglesia?* Friburgo 1988).

Durante toda su vida Pieper creyó en la vinculación de la filosofía y la teología con las adquisiciones más importantes de la Tradición de Occidente. Platón nunca se había avergonzado, expuso una vez Pieper frente al autor de estas líneas, “cuando la discusión llegaba a un límite, de traspasar los límites *hacia el mito*”. Y para Platón el mito era precisamente “lo que para nosotros es la teología: santa Tradición que se dice desde la antigüedad”. Era para él la conformidad “con lo recibido que procede de la santa fuente, información que desciende de lo alto”. Y también Aristóteles caracterizaba a la filosofía como disciplina teológica.

Cuando Josef Pieper visitó el Gimnasio Paulino en Münster de Westfalia remitió a uno de sus discípulos que era enfático lector de Sören Kierkegaard, a Tomás de Aquino. Antes de procurar hacerse un concepto de la filosofía, debía leer preferentemente a Tomás, y le señalaba de manera notable el comentario al Prólogo de Juan. “La grandiosa y justa lucidez me ha fascinado ahora mismo”. La obra del Aquinate quedó ligada a Pieper para siempre, aunque sin embargo se abrió decididamente a toda la Tradición de los “Antiguos”: “Yo no sé por qué deba ser menos aficionado a Platón” (1954). Desde entonces la interrogación filosófica de los Antiguos –y ciertamente con vistas a nuestro tiempo– fue su tarea. Se puede decir que Josef Pieper interrogaba a la Tradición con radical franqueza, y así desarrollaba sus cursos y escribía sus libros “para todo el mundo”.

En el fondo él no tenía a Tomás de otro modo sino como si escribiera para "discípulos, esto es para gente que deseaba saber". Por eso ha llegado a ser Pieper para muchos hombres el maestro del preguntar y el colaborador del conocimiento. El maestro de filosofía rehusó siempre, sin embargo, enseñar un definido sistema filosófico, "teoría del conocimiento" u "ontología". Pieper se orientó más bien a un tema, por ejemplo a la pregunta ¿Qué es una fiesta? o ¿Qué es el amor? o ¿Qué es esto, la muerte?. ¿Y qué es esto que Aristóteles ha designado con una pregunta abarcadora de tres sílabas "ti-to-on" ¿Qué es la realidad?.

Esta era también la enseñanza que, a los 24 años, todavía estudiante, había recibido de la filosofía y teología de Erich Przywara, "que estaba como en su casa en la gran tradición, sin embargo sabía igualmente mucho sobre la respuesta a la fenomenología y la teología dialéctica de un Karl Barth". Pues también él reconocía que el pensamiento cerrado correspondiente al impulso del espíritu finito "contradecía a su condición de criatura". Radicalmente formulada, comenzó la autoría filosófica de Pieper en Burg Rothenfels y ciertamente en una de las conferencias sobre Goethe de Romano Guardini. Pieper se encontraba entonces antes de su promoción, cuyo tema *El fundamento óntico de la moral según Tomás de Aquino* (1929), había de ser aprobada por su padrino de tesis Ettliger. La mencionada frase de Guardini era según su sentido: "Todo debe fundarse en el ser". Esta frase alcanzó al joven y dejó en él, como un cristal hecho añicos, lo que hasta ahora había más sentido que sabido.

Pieper había una vez preguntado sobre la curiosidad de conocimientos, el hambre de conocer de todos los estudiantes que concurrían en los años de la postguerra a las universidades y a las escuelas superiores haciéndolas resaltar admirablemente; esto había causado en él y en su colega Hermann Volk (el profesor de teología y luego cardenal) y Joachim Ritter (el filósofo y uno de los maestros de Robert Spaemann) "un placer de enseñar": "Era admirable cómo los jóvenes podían escuchar y pensar juntamente". Josef Pieper rechazó siempre suprimir los exámenes de filosofía. Desde su comienzo en 1948 las conferencias de Pieper estaban normalmente repletas, con público de todas las facultades. ¿Por qué venían de este modo tantos hombres jóvenes y viejos a escucharlo? La generación que volvía a casa después de la guerra tenía una necesidad enorme, difícil de imaginarse hoy, necesidad de información sobre el "sentido del Todo", so-

sobre cosas que estaban fuera de lo cotidiano. Y Pieper siempre hablaba sobre el Todo.

Poco conocido fue que el filósofo Josef Pieper se había ocupado también con un ensayo de aclaración calificado por él como "no necesario": "¿Qué es un sacerdote?" Apareció primero en el diario *Hochland* (no. 63, 1971), y parece siempre actual. ¿Qué distingue al sacerdote del no sacerdote? pregunta Pieper. En su introducción señala que en los tan excesivamente multiplicados escritos sobre el sacerdocio se hable tan "alarmantemente poco" del sacramento de la ordenación sacerdotal. En su investigación Pieper examina el concepto y sentido de la *consecratio*, la consagración, y de la *dedicatio* como exclusiva toma de servicio para Dios - una investigación que no deja nada que desear en claridad. El actual Papa Juan Pablo II expresó una vez que se podía sostener que la más esencial contribución sobre el tema "sacerdocio" había sido escrita por un laico - el filósofo Josef Pieper. Para toda la Iglesia, presidir la celebración de la Eucaristía *in persona Christi* no correspondía "al laico de ningún modo" (Pieper).

El filósofo moribundo, así lo expresó una vez Robert Spaemann, personificaba la figura clásica de la filosofía. Pues la filosofía y la muerte siempre se han relacionado. "La muerte misma define al hombre, la totalidad de su existencia precisamente ha de ser reflexionada, justo cuando se le arrebatara todo a él". Ya a los ochenta años, se decían mutuamente con su mujer: Cuando tú sales ahora de casa (no sólo en la guerra), no sabes si has de volver. Pues la muerte puede suceder en cualquier parte. "Mi hijo mayor de 28 años cayó inconsciente con un derrame cerebral y murió 24 horas más tarde". Sin embargo no se da ninguna muerte prematura. Y en lo que respecta a la muerte en general se puede hablar propiamente sólo de la esperanza y de la vida eterna.

El octogésimo cumpleaños de Pieper cayó un viernes. Era un día de clase y dictó en ese día su conferencia normal. El tema era: "¿Qué se llama y qué se debe filosofar hoy?" Y aún un año antes de su muerte, a los 92 años en Münster, era plenamente vivaz en relatar sus recuerdos. Josef Pieper, hombre de Münster, rechazó numerosos ofrecimientos de cátedras, que lo hubieran alejado de su patria. Hasta el fin habitó la misma casa en la misma calle. "En Münster me he sentido siempre en casa, aquí se encuentra nuestro jardín, y aquí he plantado árboles. Y cuando de nuevo ve-

nía un ofrecimiento, yo pensé: tú no puedes irte de un jardín en el que has plantado sesenta árboles y donde tu esposa cuida tan maravillosas rosas". Por lo demás Pieper cultivó el trato con poetas, artistas plásticos y músicos: su casa estaba llena de cuadros y esculturas. La obra del poeta Konrad Weiss lo ocupaba constantemente, y editó su traducción del poema de Boecio *De la Consolación de la Filosofía* dotándolo de un ingenioso epílogo. Para Pieper el filosofar poseía un parentesco con el dominio de la música. La ejecución musical y la creación musical iban más allá del mundo de la utilidad diaria; son inconmensurables con el mundo del trabajo cotidiano, y lo mismo valía para el dominio de la religión.

Los recuerdos de la vida de Pieper (en tres tomos) están llenos de descripciones de viajes. Narran distintos encuentros en tales caminos que llaman a la reflexión. Muchos viajes sucedieron sin plan. El filósofo, que con provecho y goce oía presentar sus propias experiencias, decía: "eso se da así". Pues "cuando se arraiga en el suelo del que se procede, se es capaz de desbordar, sin perder el suelo bajo los pies".

Josef Pieper murió a los 93 años y cuatro meses de edad, el 6 de noviembre de 1997 a las 18 horas; su hija Mónica estaba junto a él. Murió sin angustia frente a la muerte, sin dolor y tranquilo. Pieper había señalado a menudo que la vida le había salido bien, aún allí donde lo previsto y planeado había fracasado. En el acontecer posterior se había mostrado como beneficio. Y cuando vacilante Pieper consideraba la pregunta si él se veía como guiado y su vida como dispuesta, él afirmaba: "Ciertamente yo no he hecho en el fondo ningún plan - pero quizá fui planeado por otro". Y eso que la vida no lo había tratado bien - basta sólo pensar en la inesperada, temprana muerte de su hijo Tomás, en la larga y pesada enfermedad y la muerte de su esposa Hildegard y en su propia ceguera casi total. Lo que Josef Pieper enseñó, también lo vivió. Pues en él había no sólo una no habitual sed de saber, sino también una fuerza de afirmación no común en obra. 'Y el fin de toda investigación debía ser, llegar allí de donde partimos, y ver ahora ese lugar por primera vez' (T.S. Eliot).

Traducción: Alberto Espezel Berro